

—Bien: ¡y de aquí en adelante
Me obedecereis!—; Lo juro
Por mi honor!

—Venid pues," dijo el anciano.
Y de una linterna oculta
Haciendo lucir los rayos,
Que las tinieblas alumbran,

Abrió la ferrada puerta
De la mezquina casucha,
Y al portal angosto entraron,
Dejando las hojas juntas,

Detrás Tellez, y él delante,
Como dos sombras confusas,
Quedando la callejuela
Muda como antes y á oscuras.

CAPITULO IX.

I.

ESPERANZAS.

Como el cansado náufrago
Que en tempestad bravia,
Lucha en las olas turbidas,
Cercano á la agonía;
Y la impotente mano
Esfuerza el triste en vano,
Mas que rendido, trémulo
De susto y de pavor;
Mas si de pronto fúlgida,
De próxima ribera
Brilla una luz, el ánimo
Recobra que perdiera,
Y el brazo ya rendido
Al mar tiende atrevido,
Nadando en curso rápido
Al faro salvador:

Tal en el hondo piélago
Del mar de nuestra vida,
Cuando del mal la indómita
Tormenta embravecida,
Ruge con furia insana
Contra la raza humana,
Fluctúa el hombre, fervido
Ansiando por morir.
Mas si á deshora, límpida
Cual la naciente aurora,
Surge de pronto al mísero,
Del bien anunciadora,
Iris de eterna alianza,
La plácida esperanza;
Con nuevo brio esfuérase
El triste por vivir!

Sin tí, dulce esperanza, compañera,
Del hombre, en este mundo engañoso,

¡Cuán poca la virtud! cuán poco fuera
El genio á sostener vuestro valor!

Tú eres el don mas alto que del cielo
La mano del Criador hizo al mortal;
Todo perece en nuestro triste suelo,
Todo, menos tu influjo celestial.

Hija de Dios, de su bondad esencia,
Eres blanda como él, como él divina;
Del sumo manantial de su clemencia,
Brotaste, pura fuente cristalina.

Bálsamo del dolor inconsolable,
Brisa refrigerante en la agonía,
Eres al poderoso y miserable,
Lo que á los campos es la luz del día,

La luz que alumbró, el fuego fecundante
En el cual la creación enardecida,
Se ostenta fuerte, hermosa y rozagante,
Llena de gracia, y juventud, y vida.

Contigo, alma esperanza, el mar del mundo
Animosos surcamos los mortales;
Que crudo no hay dolor, ni mal profundo,
Do viven tus consuelos celestiales.

Y en el abismo del dolor eterno,
Mansion del torvo arcángel maldecido,
Si penetraras tú, no hubiera infierno;
¡Que solo es infeliz quien te ha perdido!

II.

ESPLUJACIONES.

De la pequeña linterna
A la luz incierta y pálida,
Van entrambos caballeros,
Tellez detras, delante Alba.
Y atravesando el oscuro
Corredor, y la empinada
Escalera, suben ambos
Sin hablar una palabra;
Que cuando los pensamientos
Se enseñorean del alma,
Como mas se siente entonces,
Menos entonces se habla.
Al fin el viejo una puerta
Abrió, y en estrecha sala,
De muebles y colgaduras
Bastante pobres ornada,
Entraron, y en una silla
Dejando el viejo la capa,
Y ofreciendo á Tellez otra,
Con dura y triste mirada:
"Ahora bien, Don Pedro, dijo,
Ya escucho vuestras palabras.
El joven, con gran mesura,
Aunque en voz robusta y clara,

¡Sois todo un hombre, Don Pedro!
¡Flor-del-Alba! ¡Flor-del-Alba!

III.

FELICIDAD.

Bello es el astro rey del claro día;
Bellísima su luz fecundizante;
Bella es la reina de la noche umbría,
Con su pálida luz, su brillo amante;
¡Pero mas bella aún, mas seductora,
Es la mujer que el corazón adora!

Bello es el césped del ameno prado;
Bellas son del pensil las gayas flores,
Y el campo de la nieve, nacarado,
Y del frís los fúlgidos colores;
¡Mas mil veces mas bella, mas querida
Es la mujer amor de nuestra vida!

Dulce es oír sonando en la espesura
Del céfiro la voz, como un gemido,
Y el arrullo en que pinta su ternura
La cariñosa tórtola en su nido,
Y el murmurio apacible de las fuentes,
Y el lejano mugir de los torrentes:

Y el rumor de las olas que golpean
La embarcación que en calma va indecisa
Cuando las lonas candidas flamean
Al blando soplo de espirante brisa;
Mientras allá en la popa, el marinero
Alza al cielo su canto lastimero.

Y el canto de los tiernos ruiseñores,
Y el confuso balar de los ganados,
Y la voz de espartísimos cantores,
Al compás de instrumentos acordados;
Y las primeras voces de cariño
Que trémulo pronuncia el tierno niño:

Y el cantar que compone mil cantares
Confuso, inesplicable en su armonía,
Que la tierra, y los vientos, y los mares,
Alzan al Criador al fin del día . . .
Pero mas dulce aún, mas acordada,
Nos es la voz de la mujer amada.

Grato al altivo corazón del hombre
Es ganar por sí mismo fama y gloria;
Muy grato es escribir su propio nombre
En el eterno libro de la historia;
Grato es nacer en elevada cuna;
Gratos son el poder y la fortuna;

Gratísimo es salvar á un fiel amigo,
Que á nosotros clamó en su mal andanza;
Y aun mas grato humillar á un enemigo,
Que inmenso es el placer de la venganza;
¡Pero es mas grata aún y apetecida
La posesión de la mujer querida!

Empezó de esta manera:
"Cuando estuve en vuestra casa
De Villaldemiro, os dije,
Segun creo, por qué causa
Iba huyendo decidido,
De amigos, familia y patria;
Seis meses hará que aquella
Dama de régia prosapia,
Que mi padre, mas amante
Que cuerdo, me destinaba,
Casó con un archiduque
De la corte de Alemania;
Y el mismo tiempo ha que os busco
Por los ámbitos de España.
Anteayer volví á la corte,
Llena de dolor el alma,
Y al borde, por Dios os juro,
De una acción desesperada;
Cuando esta tarde, por dicha,
Descubrí en una ventana
De esta casa al bien que adoro,
A mi amor, ¡á Flor-del-Alba!
No queráis, pues, ser mas duro
Que la suerte: ¡á nuestras ansias
Os rendid!

—¿Quién? . . . ¡Yo, Don Pedro,
Cometer la acción bastarda
De unir á sangre enemiga
La sangre de mis entrañas?
Mal me conocisteis, jóvenes;
¡Nunca perdonan los Albas!
Y antes prefiero ver muerta
A mi Flor idolatrada,
Que consentir ¡duro oprobio!
En que se unan nuestras razas."
—¡Pero, señor!

—¡Nada escucho!

—Pensad . . .

—Pienso que fué harta
Mi bondad. ¡Queréis que olvide
Tanta sangre derramada? . . .
—Se derramó en buena guerra.
—La fortuna hereditaria
De mi Flor, que vuestros deudos . . .
—Os la devuelven intacta.
—¿Cómo?

—Mirad estas letras;
Para vos fueron selladas,
Y detras de vos corrieron
Conmigo, por toda España.
En ellas, el rey Felipe
Quinto os devuelve su gracia,
Vuestros títulos y honores,
Vuestras haciendas y casas;
Mi padre y yo, esto pedimos
Para vos al buen monarca;
Ved si consentís ahora
En mi unión con . . .

—¡Flor-del-Alba!
Gritó gozoso el anciano,
¡Flor, Flor! . . . Ven aquí, muchacha;
Despierta y vistete presto,
Que gran sorpresa te aguarda!

¡Amor, amor del alma inmaculado,
Raudal copioso, en la virtud fecundo,
Don del Omnipotente, el maspreciado,
Sumo poder, generador del mundo!
¡Cuán feliz quien de tí no desespera
A la mitad de la vital carrera!

Tú solo siembras de olorosas flores
El áspero sendero de la vida;
Al que sostienes tú, ¿qué los rigores
Son de varia fortuna, maldecida,
Si basta á guarecerle el seno amante
De la mujer, en su favor constante?

IV.

A las voces del anciano
Acudió Flor, presurosa,
Y al ver á Tellez, el alma,
De placer llena y zozobra,
Quedóse estática, muda,
Entre risueña y llorosa.
Turbado también Don Pedro,
Al ver la mujer que adora,
Presentarse ante su vista,
Mucho mas que antes hermosa,
Allá entre dientes balbucía
De política una fórmula;
Hasta que el viejo, impulsando
Suavemente á su hija absorta,
Dijo al dichoso mancebo:
"¡Y bien! abraza á tu esposa!"
Y las dos almas amantes,
Que el placer casi acongoja,
Creyendo un sueño su dicha,
A un tiempo ríen y lloran:
Sus alientos se confunden,
Sus labios casi se tocan,
Mientras que el prudente viejo,
Conociendo que incomoda,
Vuelto á las pobres paredes,
En sordo y ciego se torna.

—¡Ay Tellez! . . . —¿Por qué suspiras?

—Aquella mansion dichosa
En que por la vez primera
Te ví . . .

—¿Qué? —No es nuestra ahora.

—¿Por qué? . . . —Vendíola mi padre.

—Mas la compró otra persona.

—¿Quieres volver? —Si es agena . . .

—¿Y si esa razon no importa?

—¿Cómo así?

—¿Porque es de un dueño

Que con el alma te adora!

—¿Qué? el castillo . . . ?

—Y sus terrenos,

Son tu regalo de boda.

—¿Iremos allá?

—Muy presto.

—¿Cuándo?

—¡A la próxima aurora!

CONCLUSION.

Serena, embalsamada, fresca y pura,
Es del florido Abril una mañana;
El padre Sol, de la celeste altura
Con magestad esplende soberana;
Y el aura que se queja en la espesura,
Y de avejillas mil turba galana
Que pia blandamente entre las flores,
Celebran la estacion de los amores.

¡Salve, tres veces salve, primavera,
Estacion del amor, yo te saludo!
¡Cuán to ¡ay! por tí esperando desespera
El mendigo infelice, que desnudo
Juzga eterna del tiempo la carrera,
En los rigores del invierno crudo;
Y á tu dulce calor vuelve á la vida,
Y el duro padecer acaso olvida!

Tú vistes con tu manto de verdura
El monte y la llanura, el bosque y prado,
Devuelves al arroyo su tersura,
Al céfiro su aliento embalsamado;
Tú en nuestro corazon, de la ternura
Vivificas el fuego ya apagado;
¡Que al presentarse mi estacion querida,
Vuelve el mundo al amor, vuelve á la vida!

Yo te saludo, sí; mi humilde acento
Se pierde en la vastísima armonía
Que alzan la tierra, el mar y el vago viento,
Cuando destierra el sol la noche umbría:
¡Cuán grato es escuchar aquel conciento
Que al espirar del moribundo día,
Aíza á su Dios la creacion entera,
Grata por tí, mi gaya primavera!

Todo tiene una voz: el bruto, el ave,
Las ramas, y las flores, y el capullo;
Mugen del mar las olas en voz grave,
La fuente en placidísimo murmullo:
Allá en las lonas de la inquieta nave,
Espira de la brisa el blando arrullo,
Y al cielo azul, en múltiple sonido,
Del canto universal sube el ruido.

Bra de Abril florido una mañana
Serena, embalsamada, fresca y pura,
Y entre fajas de azul y de oro y grana,
Brillaba el padre Sol en el altura:
La clara fuente que entre guijas mana
De una verde enramada en la espesura,
De guija en guija alegre va saltando,
Grato frescor á la campiña dando.

Y luego serpeando se estravia
Por tortuosa y áspera vereda,
Volviendo á aparecer so la sombría,
Copada y amenísima alameda
Que hácia un palacio fastuoso guia,
Semi-oculto en la fértil arboleda,
Y cuya planta el bosque así domina,
Como el roble á la frágil clavellina.

Y encerrado en un marco de esmeralda,
No lejos del espléndido castillo,
De un empinado cerro en la ancha falda,
Se mira un pintoresco pueblecillo:
Y en la cima del cerro, y á la espalda
Del pueblo, contrastando en lo sencillo
Con el solar altivo castellano,
Pobre se mira alzar, templo cristiano

Modesto, pero limpio:—en la blancura
De sus tapias, imágen muy sencilla
De aquella religion sublime y pura
Que predicó el cordero sin mancha:
En cambiantes vivísimos fulgura
El sol vivificante de Castilla,
Proyectando en los árboles añosos
Que le cercan, mil discos luminosos.

El cerro y la llanura, cuanto abarca
La vista en derredor, surge lozano
En la antes aridísima comarca
De aquel rincon del suelo castellano:
Llano, y monte, y castillo, la honda marca
Llevan de alguna poderosa mano
Que mostrárseles quiso protectora,
De su antiguo esplendor restauradora.

En torno del castillo, en mil cañadas
Murmuran las corrientes cristalinas,
Que corrian en turbidas quebradas
Ha poco:—rubicundas clavellinas,
Pálidas azucenas nacaradas,
Renúnculos y rosas purpurinas,
Cercan en derredor las mansas fuentes,
Mirándose en sus linfas transparentes.

Por bajo los espesos emparrados,
Y á la sombra de amenos bosquecillos
De mirtos olorosos y granados,
Gorgean mil pintados pajarillos:
Triscan sobre la yerba de los prados
Balando los inquietos cabritillos,
Mientras tendido en la esmaltada alfombra,
Los vigila el pastor allá en la sombra . . .

Y allá del cuadro en el fondo,
El castillo se dibuja,

Cerrando la perspectiva
Con su imponente estructura.

De su puerta, cuyas hojas
Hasta entonce estaban juntas,
Enlazadas de las manos
Salen hasta dos figuras.

Un galan son y una dama,
Esta de rara hermosura,
De aquel, la morena faz
Benigna á un tiempo y adusta,

Revela un pecho animoso
Y un alma toda ternura;
Y en su talle compitiendo
Van fuerza y gracia confusas.

¡Cuán hermosa es Flor-del-Alba!
¡Cuán extrema es la apostura
Del enamorado esposo!
¡Cuán to de ambos la ventura!

Andando van, y ni miran
Las flores, ni el canto escuchan
De las trinadoras aves,
Que suena entre la espesura.

Uno al otro se contemplan
Con atencion tan profunda,
Que al mirarlos se diria
Que son dos almas en una.

Apoya Flor en el cuello
De Tellez, la diminuta
Mano, mientras él rodea
Con el brazo su cintura,

Humedecidos los ojos,
No con lágrimas de angustia,
Sino con el dulce llanto
Del amor y la ternura.

Y sus labios se sonrien,
Y por besarse se buscan,
Y ella se embriaga en su amor,
Y él se embriaga en su hermosura.

Mientras que allá entre la sombra,
La faz del anciano oculta,
Al contemplar tanta dicha,
De gozo se desarroga.

Y en tanto el sol prosiguiendo
Va en su carrera fecunda,
Al traves de una mañana
De Abril aromosa y pura.